

PROGRAMA DE RESCATE Y REVITALIZACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL

herencia

Luis Thenon



LA MANCHA DEL INCENDIO

— poemas del destierro —

Luis Thenon



**LA MANCHA
DEL
INCENDIO**

— poemas del destierro —

306.05

R454r

Revista Herencia. — Año 1, N° 1 (1988).—
(San José, C. R.): Programa de Rescate y Revitaliza-
ción del Patrimonio Cultural, 1988-v.
Semestral.

1. Costa Rica - Civilización - Publicaciones periódicas.
2. Folclore - Costa Rica - Publicaciones periódicas.

ISSN 1659-0066

CCC/BCUR



Revista Herencia Vol. 19 N° 1, 2006



**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
VICERRECTORÍA DE ACCIÓN SOCIAL
Extensión Cultural**

Programa de rescate y revitalización del patrimonio cultural

Directora Honorífica

Dra. María Pérez Yglesias

Consejo Editorial

Docentes de la Universidad de Costa Rica

Dr. Mauricio Frajman

Lic. Gastón Gafza

Licda. Zamira Barquero

M.Sc. Carmen Murillo

M.Sc. Isabel Avendaño

M.Sc. Guillermo Barzuna

Directora - Editora

Dra. Nora Garita

Directora Sección Extensión Cultural

Licda. Rocío Fernández

Levantado de texto y diagramación

Luis Alfaro

Corrección de estilo y pruebas

Licda. Rocío Monge

Venta y suscripción
en Costa Rica ₡1000,00

Las solicitudes deben hacerse a: Vicerrectoría de Acción Social

Universidad de Costa Rica 2050

San Pedro de Montes de Oca, San José, Costa Rica

Correo electrónico: ec@cariari.acrac.cr <http://www.vas.acrac.cr/ec/revistas/herencia/index.html>

Las opiniones expresadas en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores
y no reflejan necesariamente la posición de la Revista.

Portada: Dibujo de Carlos Terribili.

RENACER DE LAS CENIZAS

Gastón Gaínza

Tras un incendio devastador queda, como huella indeleble, una mancha en el lugar donde antes hubo naturaleza o productos humanos. Si la deflagración fue en un bosque, la mancha es de tierra calcinada. Si lo afectado fue una construcción de seres humanos, en último término también resta el suelo, la tierra calcinada, como mancha previa a la reconstrucción o rehabilitación del lugar afectado. La implacable acción del fuego destruye y arruina “lo que no debería quemarse”, según el decir del diccionario.

Imágenes de esa huella del incendio son, por ejemplo, las fotos periodísticas de montes desolados o las de eriales yermos donde antes hubo soberbios edificios, ya desaparecidos. Con esos referentes, también puede hacerse materia comparativa para aludir a sucesos que han afectado, con rigor similar al que ocasiona el fuego, a personas en su vida individual o, incluso, social. El mecanismo que lo hace posible se denomina metáfora y, desde las quejas de un yo lírico desolado, puede pasar al coloquio y, de allí, al discurso repetido.

El desamor de uno de los miembros de una pareja puede llevar al otro a sentir sus efectos como huellas de un incendio; si se pierde el amor, comparado con el fuego, queda un sitio vacío, yermo, devastado: la desolación.

Mucho más complejo, incomparablemente más elaborado, puede ser el testimonio lírico de una tragedia social provocada por un golpe de Estado, uno de cuyos efectos es el destierro, el exilio, el extrañamiento. En uno de estos casos el acontecimiento sociopolítico se asume como la destructiva acción del fuego, tras la cual solo queda “la mancha del incendio”. Justamente, es este el título del poemario de Luis Thenon, al que preceden estas reflexiones.

El título de un texto es una indicación ilustrativa del sentido que intenta comunicarl. En términos semióticos, el título indica hacia lo que sigue, aún desconocido para el lector de ese texto. Por eso mismo, es una clave indispensable para reconocer la estructura de significados que el enunciador pretende que el enunciatario elabore y haga suya.

Al inicio del “Poema primero” del “Preludio”, que inaugura el texto verbal del poemario, el yo lírico afirma: “Vuelven detrás de las palabras / los sentidos inversos / las grandes negaciones / la voz / como un profundo hueco de regresos”. He destacado el lexema² “hueco” porque anuncia una presencia que será protagónica al término del texto: los ejes de sentido: ‘plenitud – vacuidad’, en el campo de las designaciones sustantivas, y ‘pleno -- vacuo’, en el de las adjetivas, que, en mi lectura, sostienen las imágenes de desolación que atraviesan la totalidad del texto. He dicho “texto verbal del poemario”, porque existe otro que es no verbal, iconográfico, articulado con el verbal y, como éste, también producto de una matriz semántica de devastación y desconuelo. En ambos textos, es fundamental la noción de ‘vacío’, o mejor, como procuraré demostrarlo más abajo, de carencia.

Desde mi punto de vista, los ejes de sentido han de manifestarse como un conjunto dialéctico de términos opuestos. Un eje de sentido es una estructura constituida por significaciones manifiestas que, sin embargo, remiten también a significaciones ocultas. Lo “dicho”³ en un texto siempre supone lo que no se dice, se calla, se sesga, se oculta o se niega. Por convención, el orden en que se disponen los lexemas del conjunto se funda en la diferencia entre la significación ‘positiva’ y la ‘negativa’ de los significantes contrapuestos. La intención del hablante expuesta en el sentido textual le concede prioridad a uno u otro.

La utilización de los ejes ‘plenitud – vacuidad’ y ‘pleno – vacuo’ permite que las imágenes y las evocaciones poemáticas puedan ser reconocidas tanto en su condición de objetivaciones, como en la de determinaciones calificativas.

A su vez, el subtítulo “Poemas del destierro” y el epígrafe de datación del poemario: “Québec, enero de 1980 / segundo año del destierro”, usan un lexema referido a la acción de ‘echar a alguien de un territorio o lugar por mandato judicial o decisión gubernamental’. Desterrar es hacer uso de un poder para echar, sacar, poner fuera de un espacio a alguien que, hasta ese momento, lo consideraba propio. Para los humanos, ese espacio no solo es físico; también es cultural, una de las dimensiones básicas de la historia.

Los seres humanos elaboramos semióticamente el territorio que consideramos propio. Esto significa que lo internalizamos en la conciencia como un haz de significantes vinculado a la mismidad. El yo lírico del poemario, por ejemplo, así procede con el huerto de la casa paterna: “Vida mía qué simpleza envidiable / la del frutal / la del quieto manzano y el cerezo / Vida que tengo / lenta definición del hueso / apenas aparecen las voces de mi cuerpo / sonando y resonando” (Poema III, “En el huerto”).

El significado de “destierro” posee claramente el sema⁴ ‘imposición de un poder ajeno’, del que carece el significado del lexema “exilio”, aunque ambos pertenecen al mismo campo léxico-semántico. No

es ociosa esta distinción, pues el hablante lírico prefiere un lexema al otro. Desconozco si el autor de ese hablante lírico sufrió los rigores del destierro en su sentido técnico aquí expuesto o si, por el contrario, es un exiliado que, sin embargo, quiere testimoniar los efectos de un poder de sometimiento que lo echó de su mundo.

En todo caso, Luis Thenon no abandonó su Argentina natal por su gusto. Tampoco fue casual su llegada a Canadá. Este ir y venir que, finalmente, lo trae a Costa Rica, es producto de un proceso de extrañamiento al que muchos sudamericanos se vieron sometidos, en la década de los setenta, tras los golpes de Estado que ensombrecieron la existencia ciudadana en países como Uruguay, Chile y Argentina, entre otros. En consecuencia, el hablante lírico creado por Thenon enuncia su discurso desde la experiencia del extrañamiento.

Con todo, el propósito de estas líneas es presentar un texto lírico y no la biografía de su autor. Sin embargo, era inevitable aludir a los rasgos biográficos apuntados, forjadores de la experiencia sobre la que se construye, en gran medida, el discurso lírico del poemario.

‘PLENITUD – VACUIDAD’: el sentido de la pérdida

Luis Thenon titula su texto: “La mancha del incendio. –Poemas del destierro—”. Lo segmenta en cinco unidades poemáticas: “I. En el camino”, “II. En el mar”, “III. En el huerto”, “IV. En la noche” y “V. El hombre solo”, precedidas por un “Preludio”, formado por cinco poemas, y cerradas por un “Epílogo” en el que reitera las imágenes constitutivas del sentido de la quinta unidad: “El hombre solo”. En estos segmentos finales predomina el sentimiento de lo vacío de la vida.

En consecuencia, la estructura manifiesta en el poemario es la vacuidad: cualidad de vacío (adjetivo que significa ‘vacío, falto de contenido’). La vacuidad es el estado de un objeto que perdió su plenitud. En el “Poema primero” del “Preludio” ya citado, el yo lírico afirma que “detrás de las palabras” vuelve “la voz / como un profundo hueco de regresos”; esta “voz” es una evocación de la plenitud perdida: “el abismo en que perdidos los sentidos / quedan flotando vacías las palabras”. Cada palabra solo evoca la sonoridad, se ha convertido en ‘flatus vocis’, esto es, en un “hueco de regresos” o, como también lo expresa el yo lírico: “Atado al fondo del sonido / ha quedado un recuerdo que no sabe / y adormecer no puede la voz de la palabra”.

¿Es muy osado afirmar que esta última imagen denota la eventual pérdida de la potestad poética? Si resolvemos el hipérbaton de la estrofa, fundamento de su calidad artística, entendemos: ‘la palabra no sabe ni puede adormecer un recuerdo que ha quedado atado al fondo del sonido’. Ese

“recuerdo” es “la voz”, o sea, el canto creativo, la poesía. La voz sí sabía y podía “adormecer un recuerdo”, lograr la quietud del sueño, conjurar el desasosiego, alejar la perturbación.

Las “alas” son otra evocación de este poema. En la segunda estrofa forman parte de esta imagen: “Y vuelven las grandes negaciones / a golpear en la boca / del que no tiene alas”. También con ella se inicia la imagen de la cuarta estrofa: “Las alas aterradas / y en las orillas del lugar oceánico / se desvela mi noche / vuelve y revuelve el agua / se desata la espuma / se mueren de repetir el gesto perdido / la ola y la esperanza”. Las alas permiten volar, alzar el vuelo. Sin embargo, para el yo lírico están “aterradas”, es decir, ‘abatidas en el suelo’ y, a la vez, ‘aterrorizadas’⁵. El poema termina con esta imagen: “Ya no quedan caminos desandados / senderos en la espuma / o acentos donde seguir el vuelo de la voz / o del ala”.

Si la “voz” es la poesía, el “ala” es el impulso creativo. Este poema, con el que Thenon abre su libro, sin duda condensa el sentido de vacuidad, de pérdida y de carencia que estalla, como grito de horror y sufrimiento, en las imágenes de “V. El hombre solo” y en el “Epílogo”. El primero comienza con esta imagen: “Un ojo un pozo un hueco / o una torre / para golpear la bóveda / el fragilizado perfil de la moneda”; por su parte, el “Epílogo” se inicia así: “Un ojo / un pozo / un hueco / o una torre para guardar los muertos de la noche / Los muertos / Los buscados”.

La plenitud perdida es la poesía y el impulso creativo. La causa de esta pérdida, el horror de la tortura y la muerte: “Sus ojos se aferraron a la última hélice y se ahogaron” o “Le negaron el fuego / arrancaron las partes calientes de su cuerpo / lo mutilaron y las sombras volvieron / lo arrastraron por negros callejones / donde el aire no alcanza / y un inmundo sabor de podredumbre se levanta del pozo” (Imágenes de “IV. En la noche”).

CARENCIAS DEL EXTRAÑAMIENTO Y LA IMPUNIDAD

Las unidades poemáticas “II. En el mar” y “III. En el huerto” constituyen la evocación de las vivencias rotas por el extrañamiento. La ruptura es irreparable: nunca los acontecimientos, sus actores y las circunstancias volverán a ser los mismos. Lo irreversible del cambio constituye la materia de las imágenes de recuerdos de experiencias que fueron gratas, pero que, con el proceso de destierro, suman a la melancolía por el paraíso perdido, la sensación de lo irremediable y definitivo.

La estructura imaginaria de la pérdida se pone de manifiesto, particularmente, en la unidad poemática “III. En el huerto”, cuyo epígrafe es: “No es que no tenga pena / es que tengo / un callado corazón acostumbrado”. La evocación de la pena precede al discurso lírico menos sombrío del poemario,

porque, en definitiva, el ‘huerto’ es, como señalé arriba, el territorio propio, la querencia, el lugar donde se efectuó la construcción del ‘uno-mismo’. Ese sitio entrañable que una de las imágenes reduce al entorno temporal: “Cuatro estaciones / diferentes edades descubiertas” o “Cuatro estaciones / lentas / repetidas / perfectas” o “Cuatro estaciones / siempre / redondamente eternas”. En este caso, como en otros, la disposición gráfica de la escritura juega con silencios para intensificar la imagen⁶.

El recuerdo del huerto es la materia simbólica del abandono, del apartamiento. Esto irrumpe en la pregunta del yo lírico: “¿Recuerdas el manzano? / ¿Pero no lo recuerdas?”, en la que el eco de trenes y andenes aumenta la intensidad de la pérdida: “Allí / junto a la bruma / yo guardo los recuerdos de los trenes pasados / la dirección de siempre / en los andenes / a la orilla del mundo / a esperar el regreso de los que se olvidaron”, imagen desoladora con que acaba esta unidad poemática.

Tal vez por ese mismo sentimiento de soledad y desamparo, tenuemente endulzado sin embargo con las evocaciones del huerto, que permanece en la memoria de la lectura, el acceso a la unidad poemática “IV. En la noche” es tan impactante.

Esta unidad concluye así: “Las voces callaron / Las sombras azules / ventearon en el bosque la muerte de los ciervos / la ceniza reciente / la irremediable mancha del incendio”. La “noche” es metáfora del proceso represivo contra los sectores populares, cuyas víctimas son “voces” que “callaron”, esto es, dejaron de ser. Los victimarios son “sombras azules” que, como los animales, ‘toman el viento con el olfato’ y comprueban que la presa ya no existe y el “incendio” o acción represiva concluyó.

La magnitud de la acción represiva se expresa en una imagen elaborada como reminiscencia: “...recuerdo como mueren / los ciervos en el bosque / cuando el incendio avanza / recuerdo el bosque desolado y negro / y una hembra llamando a sus cachorros / y un olor a ceniza...” La oscuridad de la noche contrasta con el fulgor del incendio, no con la luz diurna: “Pasaron las horas sin que la luz llegara”; en la oscuridad, “se escuchaba un murmullo de voces extraviadas” que gritan, pidiendo “la luz”.

El yo lírico recurre a un símil con comportamientos animales: “recuerdo como mueren / los ciervos en el bosque / cuando el incendio avanza”. La comparación tiene que ver con la imposibilidad de eludir los recuerdos, con la impotencia de conjurarlos y hacerlos desaparecer. Es como si dijese: ‘así como mueren los ciervos en el incendio del bosque, incapaces de apagarlo, de la misma manera recuerdo los rigores de la tortura y la muerte de los reprimidos, impotente ante la vesania e incapaz de olvidarla’.

Esta cuarta unidad del poemario condensa la experiencia de la tortura y la muerte a que fue sometido el pueblo. El yo lírico, sobreviviente y testigo, solo atina a fijar su desolación en la imagen usada como epígrafe: “han clavado una

sombra / adentro / poniéndole una costilla más / a la tristeza”. En ella, la evocación ‘tristeza’ se percibe como estructura corporal, susceptible, por lo mismo, al dolor: tiene costillas que le han ido poniendo y que son sombras que alguien ha ‘clavado’ (=introducido a golpes) adentro, en la conciencia.

En la vacuidad que el horror ha creado, la necesidad de justicia empieza a reclamar la presencia, a exigir la existencia y la manifestación de un castigo. Desde este punto de vista, el sentido profundo del texto pone en evidencia la impunidad: ni justicia ni castigo. Por el contrario: “Mirate Mirate Hací un esfuerzo / Mirate / Estás muerto / Mirate // Hay una sombra seca sobre el hueco y el ojo // Mirate Vos también estás muerto // Resuena el pozo con su preñez de hueco // de vacío absoluto // o tu presencia en muerto amarillento // Rondan los pozos el perfil de la cara // y el material reverso en la moneda // busca un ojo un hueco // o una torre acumulada de perfiles sangrientos // o un pozo // un gusto a pozo hueco para golpear sin fuerza // un gusto a yeso sumergido en el pozo // y un ojo o una torre”.

El vacío de justicia, la inminencia de la impunidad brotan implacables en las imágenes líricas del “Epílogo”: “En la torre / en el hueco / en el ojo los ojos / los desgajados para siempre / dios no ve / Desde el yeso sonrío y se acomoda”.

Desde esa perspectiva, el yo lírico lamenta su impotencia: “Vos / oculto / no podés decir mierda / Vos sos el vivo muerto / No podés decir ahí o ahora”. Y más adelante: “Yo o el otro / Vos estás muerto / vivo muerto // No desaparecido”. Esta última imagen es una desgarradora afirmación de la impotencia. El desdoblamiento entre un ‘yo’ y su alter ego, un ‘vos’ que lo representa, manifiesta paralelamente la contradicción entre estar vivo y, a la vez, estar muerto y ‘no’ estar desaparecido, como el ‘otro’, los ‘otros’.

El poema con que concluye “La mancha del incendio” se sustenta en la imagen recurrente en el poemario del paralelismo entre el ser humano y la moneda, como medida de valor. En el ambiente de vacuidad que el sentido del texto establece, se pierde el perfil de los valores humanos o de los monetarios. En el vacío del hueco desaparecen los rasgos que particularizaron la humanidad de las víctimas: “En el perfil de la moneda / algunos / yo o el otro / algunos con su torre de huecos / buscan perfiles / sombras o perfiles / y el corazón buscado / el corazón / no muerto / solamente buscado / ausente / esperando un lugar / en el martirizado por siempre perfil de la moneda”.

La evocación de la moneda es un recurso metafórico para designar a los seres humanos en su contexto social. Cada ser humano es incorporado en un colectivo, como la moneda en un sistema de valores: las monedas son acuñadas; los individuos, programados. Cada ser humano lleva en sí los rasgos de su programación social; cada moneda, su perfil, esto es, también un conjunto de rasgos peculiares que la caracterizan. Pero el ‘incendio’ acaba con ellos.

La mancha resultante, a la vez que atestigua la vacuidad de los sobrevivientes, denuncia la necesidad de justicia y el rechazo a la impunidad.

Solo la justicia y el castigo permitirán que una sociedad renazca de las cenizas. La única garantía para ello es conservar la memoria, por atroz y horripilante que ella sea. Luis Thenon se esfuerza para lograrlo.

Notas

- 1 En términos de la lingüística teórica, el título de un texto es una mostración o deixis catafórica (< gr. Katá- ‘abajo’ y foréoo ‘llevar’), esto es, una indicación hacia abajo en el texto; o sea, lo que sigue a continuación del título. Por eso, puede compararse con el haz de luz que proyecta un foco dirigido hacia un espacio a oscuras, como una caverna o gruta: la luz permite reconocer, en primera instancia, partes de ese espacio, cuyo cabal reconocimiento solo podrá efectuarse una vez que se haya iluminado la totalidad.
- 2 El término ‘palabra’ es muy ambiguo; por eso, se prefiere ‘lexema’ (unidad léxico-semántica) para incorporar su referente en un análisis dialéctico. En este caso, el lexema ‘hueco’, etimológicamente adjetivo, está usado como sustantivo y, por lo mismo, significa ‘espacio vacío en el interior de algo’.
- 3 He entremecido el término porque sustituye tecnicismos que procuro evitar cuando no son indispensables para el sentido de lo que digo. Por una parte, “lo dicho” es lo enunciado o expresado en textos verbales, no verbales y mixtos; por otra, es una relación de referencia, la cual debe coincidir con la de lo no dicho.
- 4 El significado de un lexema es un conjunto de semas (o unidades significantes mínimas), por cuyo intermedio ese lexema se articula con otros en campos léxico-semánticos existentes en la conciencia lingüística de los colectivos que emplean un sistema verbal de signos.
- 5 La ambigüedad es una condición inexcusable de todo texto. Con mayor razón, de los textos artísticos. Cf. Gaínza, Gastón: “La ambigüedad y el sentido de los textos”. Escena, XIV, 30 (1992); 3-14.
- 6 El enunciador lírico utiliza, a lo largo del texto, recursos de disposición gráfica de algunos versos o segmentos de versos (como los empleados por las vanguardias surrealistas, por ejemplo), por cuyo intermedio en la escritura se intenta reproducir pausas o quiebres tonales de la enunciación oral. Es un medio para manifestar rasgos de emotividad propios de la expresión oral. Algo semejante busca también el enunciador con el manejo de la puntuación: a veces manifiesta o, en otros casos, omitida.

Luis Thenon



**LA MANCHA
DEL
INCENDIO**

— poemas del destierro —

Prohibida toda reproducción total o parcial
de este texto sin el permiso del autor.

Québec, enero de 1980
segundo año del destierro

Han pasado más 25 años desde que comencé la escritura de estos poemas. Como muchos otros de mis escritos los sometí al largo encierro del archivo. ¿Era solamente un ejercicio crítico, una manera de esperar que la depuración a la que el tiempo somete a las palabras hiciera su labor? Tal vez no. En los últimos años comencé a escribir y a publicar, en Costa Rica, una serie de ensayos poéticos que se amalgamaban en torno a la figura del destierro, a la condición de la escritura transterrada, a la reconstitución de una memoria que había mantenido un largo y amargo soliloquio.

Del silencio de los pueblos / el mío / callado / junto a la envergadura de la muerte... Cuando escribí estos versos, sentía la angustiada presión del silencio enseñoreado en las entrañas de mi origen. Muchos años y muchos sucesos han transcurrido desde entonces. Muchas voces se levantaron para romper el círculo de la ignominia y el ostracismo. La historia ha seguido su curso con implacable solvencia.

¿Entonces, por qué sacar a la luz estos versos, muchos de los cuales leo hoy con la ternura que la nostalgia acuña y al mismo tiempo con una distancia literaria que no deja de asombrarme? Debo confesar que estuve tentado de hacer una profunda reducción, de reescribir muchos versos, de esconder incluso algún poema... Pero este no es hoy la razón del ejercicio al que he decidido someterme al publicar este libro. Se trata de poner sobre la mesa un testimonio, simple, banal quizá por su carácter individual, seguramente limpio de circunstancias apremiantes y resueltamente decidido a abandonar el universo del soliloquio.

25 años es una vida entera que ha cambiado, una memoria que ha entrado ya en los caminos de otra historia, pero es también una vida que forma parte de esa historia y que al dibujarse con las palabras de entonces, deja el rastro de una manera de haber sido, traza los rasgos tenues del recuerdo, abre un álbum de fotografías inconclusas, veladas y, al mismo tiempo, abiertas como la palma de una mano que se ofrece sin límites, sin celos, sin miedos escondidos.

La estructura de esta narración tiene un orden preciso, una razón, una trayectoria que nace desde la realidad del destierro, desde la conciencia del caminante, y desde ella, recupera los sueños de la juventud, los deseos latentes y traza la diagonal precisa hasta la muerte de esos sueños. Del mar nace la vida y se traduce en el intento de un huerto fecundo y duradero que amalgame los frutos del deseo. Pero llega la noche con su carga de muertes, de mordazas y se quedan flotando como un lienzo manchado la ilusiones de la vida.

En ese preciso punto nace el impulso de abrir una ventana interior desde la cual nombrar las cosas, ponerlas en su sitio, definir las siluetas. Y aparece la figura del enterrador y sus innumerable cómplices de silencio. Junto a ellos, el hombre solo con su historia, con su vergüenza, con su absurda agonía.

Luis Thenon
San José, Costa Rica, 2006

Carlos Terribili es un reconocido artista plástico argentino que durante largos años estuvo comprometido, por medio de su arte, con los movimientos de oposición a la dictadura que tiranizó la República Argentina entre los años 1976 y 1982. Sufrió el exilio interno, aquel que sometió a muchos pensadores, artistas e intelectuales a un ostracismo vergonzoso. Un día, tras la aparición de algunos de estos poemas en la Antología de la Literatura Hispano-Canadiense (1985) publicada por la University of Toronto, me propuse dar a luz este libro. En el año 1989, visité en su atelier a Carlos Terribili y le pedí permiso para utilizar como ilustración un hermoso cuadro de su autoría (Mujer mirando el fuego) que poseía yo desde hacía algunos años. En aquel entonces, Carlos Terribili aceptó mi proposición con la salvedad de leer primero los poemas, a lo que accedí gustoso. Cual no fue mi sorpresa cuando al cabo de unos meses recibí en mi casa de Canadá, donde residía en ese entonces, una serie de dibujos con las especificaciones precisas de cada lugar en que estos tenían referencia en el libro y una carta suya pidiéndome que los incorporara en la publicación. Diversas circunstancias, sumadas a las que explico en el texto anterior, hicieron que esos magníficos dibujos de técnicas mixtas estuvieran en la pared de mi salón, para recordarme, día tras día el origen de esas formas perturbadoras que habitaban mi casa. Algunas veces estuvieron estos textos a punto de salir del cajón, pero varias veces me negué a publicarlos sin las ilustraciones. Hoy, quiero manifestar muy expresamente a Carlos Terribili mi pensamiento por la generosidad de su entrega y decirle así, públicamente, mi gratitud. Dar a conocer este trabajo de Terribili es también una de las razones que me impulsan hoy a publicar estos poemas.

L.T

Preludio

Para una sola voz



poema primero

Vuelven detrás de las palabras
los sentidos inversos
las grandes negaciones
la voz
una profunda herida de regresos

Las sílabas rebelan lo largo de la espera
el abismo en que perdidos los sentidos
quedan flotando vacías las palabras
Y vuelven las grandes negaciones
a golpear en la boca
del que no tiene alas

Atado al fondo del sonido
ha quedado un recuerdo que no sabe
y adormecer no puede la voz de la palabra

Las alas aterradas
y en las orillas del lugar oceánico
se desvela mi noche
vuelve y revuelve el agua

se desata la espuma
se mueren de repetir el gesto perdido
la ola y la esperanza

Ya no quedan caminos desandados
senderos en la espuma
o acentos donde seguir el vuelo de la voz
o del ala

poema segundo

Así mueren los pueblos
del silencio del otro
y así se muere el mío
y así
se hunden una a una las barcas
o las sílabas
y así se muere el ala
amarrada al silencio del los pueblos del otro
y al mío
como un toro
y al otro
como una barca abandonada
un ala arremetida
una palabra con el sentido inverso

Un no
como una espera
un sí
como una aldaba o una puerta
un pueblo tras el mito de una palabra nueva
que no suena y no abarca
ni los pueblos ni el mío
ni el acento de aquellos
las espumas caídas
y el verbo acorralado
del que no tiene alas

poema tercero

Callarse lentamente
Caerse de las alas
arrebatadas al vuelo de los otros
y adormecer el mío
o abandonar el ala de los pueblos dormidos
de los otros los pueblos
y de fugar del mío como una luz vencida
los sentidos inversos
las grandes negaciones
o arrebatar del ala la espuma que la lleva
por los pueblos
y el mío
y avergonzarse
junto a la envergadura de la muerte

Del silencio de los pueblos
el mío
callado
junto a la envergadura de la muerte

poema cuarto

Como una aldaba un puerto
un no
como una espera
un sí
como una puerta reflejada en el agua
un silencio del otro
donde mueren los pueblos
y el mío
junto al ala

Los pueblos saben que la palabra vuela
El mío tan callado

El ala
como una bandera rota de libertad
está sola junto a la orilla de la espuma

poema quinto

Cercados
no vencidos
acorralados por el intento de la noche
no vencidos y sin embargo casi muertos
colgados de la aurora
como se lleva en vilo la flor de la victoria

Cercados
no vencidos
los estandartes remolinos de viento
las piedras de la ciudad abandonada
perdida para siempre

Donde se acaba la hora del regreso
comienza la derrota de los sueños

De saber que aún existen los manzanos del huerto
se estremecen los acorraladores del recuerdo
Los manzanos llevan en el dorso
cicatrices de hierro

Cercados
no vencidos
rodeados por el intento de la noche
no vencidos y sin embargo casi muertos
los manzanos se yerguen
sobre las cicatrices insonoras

Los otros
han comenzado a desplegar el fuego
sobre los muros blancos

Adentro de la noche
agazapados donde la circunstancia los protege
cercados
no vencidos
aquellos que cayeron
llevan los estandartes con las bocas cerradas
y las manos abiertas para siempre

I

En el camino

He llevado a la puerta de mi asombro
mi silencio y mi voz
mi guerra y mi porfía

El estandarte vuela rota la trayectoria azul
y los navíos
y no se si callarme
o si dejar salir un revuelo de sílabas

(O si obstinarme con el silencio mío)

Puedo morir apenas
perderme sin ser visto o naufragar
junto al naufragio de los otros
con la palabra puesta en el sonido

De andar y de no andar se nutre el peregrino
y de morir callados
lentamente morimos
La obscuridad también se nutre del olvido

Y de andar y no andar o de quedarse quieto
se muere el peregrino
y se mueren conmigo las voces
en la concavidad del desatino

Cómo resuenan las vocales por dentro
Cómo se rompe la razón cuando se calla
voz
quieta sensación sonora sobre el silencio mío

De andar y de no andar
y de quedarse quieto

se aleja el peregrino
y de morir se muere
cuando afuera regresan los que se fueron lejos
y pasan
delante de mis puertas nocturnas
las puertas acuarteladas del hospicio
la insana servidumbre

De estar y de no estar
de andar y de no andar
de dejarse morir
se muere el peregrino

Del naufragio de adentro
solo quedan los ritos
y la palabra
cuando no se revienta por la boca de todos
golpea en las paredes atávicas del grito
se despedaza junto a los paredones del suplicio
sus muertos de granito
sus impasibles rostros rezadores callados
en la piedra del mito

Después de la derrota
la ignominiosa paz del amnistio
y yo
aquí
obstinado
solo con el silencio mío
mientras en el reverso del camino
de andar y de no andar
se quedan y de callar se mueren
los pies del peregrino

II

En el mar

(Este poema fue seleccionado por concurso y publicado en la primera Anthologie de la LITTÉRATURE HISPANO-CANADIENNE, editada por la Alliance culturelle hispano-canadienne, University of Toronto, 1985. Versión trilingüe.)

la libertad espera
detrás del paralítico presente de los
verbos



Por asombros y sueños
 de mi alma escapada
 Por el lleno vacío
 que me encierra y me gana
 Por el inmenso pozo
 que tiene la esperanza
 Por esta cárcel plena
 de la espalda a la espalda
 audaces recovecos
 que penetro y me atrapan

Por ahogos y sueños
 detenidos inciertos
 en la locura innata
 Por esta savia amarga
 que la boca retiene
 y la memoria abarca
 es que comprendo lento
 que la piel se me escapa
 que del vuelo hasta el vuelo
 que del alma hasta el alma
 hay rectas diferentes
 -geométrica distancia-

Las alas leve vientre
 nacidas para el polen
 el alma es un intento
 que se amarrona muere
 que se agrieta
 se escarcha
 El ala
 leve vientre
 el alma desgastada

por esta cárcel plena
de la boca a la boca
de la espalda a la espalda
por esta puerta inmensa
esta puerta que llevo
clavada en la palabra
esta palabra quieta
que no nace
y se agranda
fuente esparcida seca
que me llaga las ansias
junto al largo recodo de sombra
que me aguarda



Desbordando las redes
 los peces
 las espumas
 el salinoso perfume de las aguas
 el pequeño habitante que encerraron
 escapa
 lo persiguen y muere
 se arrastra Nos arrastra

El pequeño habitante
 no sabe
 y no levanta
 no sube hasta la sangre
 no traspone la savia
 No sabe
 y no levante
 la voz de la palabra
 Enmudecido centro
 se retuerce y emana
 desde la amarga fuente de sol
 que nos abarca
 El pequeño habitante
 que encerraron
 escapa
 lo persiguen y muere
 lo mataron y mata
 Le tendieron barrotes
 de la boca a la espalda
 de la espalda a la sombra
 y de la sombra al alba

El pequeño habitante
 se sumerge en el fondo

de un océano Lácteo
transita por la ola
y ahogándonos
se ahoga
con su intento en los labios
Palabra muerta a golpes
de barrotes alzados
Pared sin nombre inmensa
del costado al costado

El pequeño habitante
llamando nombres viejos
desde todos los años
se sumerge en el fondo
de un océano intacto
donde las alas quedan
y el espacio del alma
sin sol cae a pedazos

Desde las alas
vienen
las gaviotas cansadas
de presagios

El alma
sigue callada

III

En el huerto

no es que no tenga pena
es que tengo
un callado corazón acostumbrado



Vida mía que simpleza envidiable
 la del frutal
 la del quieto manzano y el cerezo
 Vida que tengo
 lenta definición del hueso
 apenas aparecen las voces de mi cuerpo
 sonando y resonando

Vida que llevo
 en mi razón de luces
 siento tu prolongada voz
 tu cuerpo azul
 tu nacimiento

¿Qué desbordada esfera me lleva hasta tu centro?

Vida mía
 limitada presencia que al despertar me dieron
 con la luz y la sombra compartiendo mi aire
 mi costado siniestro
 mi alabanza.

Vida mía
 qué simpleza envidiable la del frutal

Cuatro estaciones
 diferentes edades descubiertas
 Brillo nuevo los néctares
 perdido murmullo maderal la carne seca

Cuatro estaciones
 lentas
 repetidas

perfectas

Así como en el huerto

marrones

blancos

rojos

se suman y se alternan

el gris

deja su paso de tierra y sementera

Cuatro estaciones siempre

redondamente eternas

y yo perdido buscador de estrellas

queriendo la más alta

esta que me enseñaron

Vida mía que empujo vida

vida mía pequeña

Qué simpleza callada la del frutal

y yo sin saber abarcarte en mi penumbra

sin saber esperar tu primavera



Cuando las tardes nacen
azules
plateadas
todo igual que entonces
o esperando Llueve
Se ha poblado de prismas el manzano

Flores sobre las ramas secas y mojadas
En todo igual que entonces Llueve
El manzano se ha muerto

Amo el hacha y su golpe de muerte sistemática
Quiero el hacha en mis manos
para matar manzanos en las tardes de lluvia
y que el huerto los llore
O yo los llore

¿Recuerdas el manzano?
¿Pero no lo recuerdas?

Era su fruta roja como cielo en tormenta
cuando el altar se mancha de rojo y sacrificio
filos inevitables al cuello suspendidos
cordero alimentado para pintar la piedra
de rojo en su principio

¿Lo recuerdas ahora?
¿Pero no lo recuerdas?

Le hablabas largamente
Te bebías el alma del aire a su costado
goteaban en sus hojas
mieles atardecidas

viejas mieles paganas
 que tus ojos guardaban con un sabor amargo
 de olvido y lejanía

Un día una mañana un día
 cuando el aire levanta remolinos de soles
 primerizos y tímidos
 una mañana un día de azul septiembre derrumbado
 se despertó manchado de terciopelos blancos
 Y fueron rojas manchas de seda en su hermosura
 rojas hembras redondas

...aún veo la tarde
 por la tierra mojada de cenizas
 pasar con las narices altas
 venteando la presencia estructural
 casi con los alientos
 sobre el rumbo del sol desparramados
 cortando los perfumes
 lanzándolos al aire
 por la espuma del sol
 contra la boca...

El manzano se ha muerto

¿Lo recuerdas ahora?
 ¿Pero no lo recuerdas?

Siento el golpe del hacha sistemático
 caer contra su carne de madera cansada

Quiero el hacha en mis manos
 para matar manzanos en las tardes de lluvia
 y que el huerto los llore o yo los llore



He vuelto al lugar
donde las estaciones quedan como trenes
largos interminables
que pasan y porque pasan
suman su peso al de la tierra

Sumadas estaciones de veranos
que dejan los árboles poblados
y las canastas llenas
pero que pronto tienen un gusto de otoño
con hogares en vientres de ceniza
los cuentos del abuelo
los nietos asombrados

He vuelto a ese mismo lugar
donde el invierno reúne los últimos cansancios
He vuelto y los trenes pasaron
se fueron.

Yo me quedé esperando

Los andenes
uno
otro
con intención de fuga
los límites del huerto
la escapatoria de los otros
la abolición de los manzanos

Uno
otro los andenes clavados
al pasaje de los ríos mecánicos
el martilleo rítmico
uno
otro los andenes
la imagen de los carteles blancos

El día
como un domingo solo
a la orilla del mundo
Los andenes
como ríos a la orilla del mundo

Los andenes anclados en el huerto
por donde los manzanos
y los sueños
ríos de un olvido esperado
imagen inconclusa de los carteles blancos

Anclados

los andenes se sumaron al paso
de los ríos mecánicos
la imagen
como un domingo solo
la fuga sistemática de los carteles blancos

Allí
junto a la bruma
yo guardo los recuerdos de los trenes pasados
la dirección de siempre
los andenes
en la orilla del mundo
a esperar el regreso de los que se olvidaron

IV

En la noche

han clavado una sombra
adentro
poniéndole una costilla más
a la tristeza



La noche como notas vencidas
Noche cerrada
o puerta sin salida
Simplemente la noche
sobre la reja enrojecida

... si después de la noche no regresara el día

La noche como notas vencidas
A cuatro vueltas de llave
la reja
y la agonía

Si después de la noche...

La noche
con una sola orilla
sobre el día de aquellos
por la noche de aquellos
la puerta sin salida

La noche ...si después de la noche

A cuatro vueltas de llave
se ha quebrado la noche
sobre la reja enrojecida

Estuvo inmóvil
durante opacas horas mudas
esperando el arribo de la luz
Pasaron las horas sin que la luz llegara
Pasaron con las horas
largas sombras azules
enteramente azules

Sus ojos se aferraron a la última hélice y se ahogaron

Una sola gota de luz y todo el aire
se hubiera poblado de pájaros y nubes
pero pasaron sombras azules
consignas victoriosas
navegando en el aire
por las líneas abiertas de sus ojos

Hubiera dado el fuego y sus llamas
enredadas al aire como brazos hambrientos

...recuerdo como mueren
los ciervos en el bosque
cuando el incendio avanza.
recuerdo el bosque desolado y negro
y una hembra llamando a sus cachorros
y un olor a ceniza...

Le negaron el fuego
 arrancaron las partes calientes de su cuerpo
 lo mutilaron y las sombras volvieron
 lo arrastraron por negros callejones
 donde el aire no alcanza
 y un inmundo sabor de podredumbre se levanta del pozo

Se escuchaba un murmullo de voces extraviadas

la luz
 gritaban
 está muerta y sangrante
 a los costados del cuerpo

Las sombras pasaban
 en largas rondas de cuchilladas secas

la luz
 la luz
 la luz
 gritaban

Las voces aumentaron

la luz
 la luz
 la luz

pasaron al galope de cascos entreabiertos
 mutilando la carne

la luz
 gritaron a lo lejos
 está muerta y sangrante
 a los costados del viento

Las voces callaron
 Las sombras azules
 ventearon en el bosque la muerte de los ciervos
 la ceniza reciente
 la irremediable mancha del incendio

V

El hombre solo

(Algunos fragmentos de este poema fueron publicados en la revista literaria *LOS CUADERNOS DEL MATEMÁTICO*, Madrid)



un ojo un pozo un hueco
o una torre
para golpear la bóveda
el fragilizado perfil de la moneda

un ojo grande como un pozo vacío
o un hueco o una torre

un ojo donde miren y vean y despierten

un ojo o una torre



9na ilu

un ojo
un hueco
un pozo
o una torre de lenguas
para que dios se ahogue
vendiendo baratijas de yeso
y un gusto a yeso blanco
áspero de ceniza
humo blanco y ceniza derrumbada
caída rota
blanca ceniza fría como el cielo

un largo pozo
un hueco
un ojo
o una torre
para llenar de oscuridades blancas

un pozo
para que vean la inmundicia flotante
o una torre o un ojo
donde se dimensione la basura

un ojo abierto como una puerta abierta
o una torre o un ojo de campana
la mano tira de la soga
y todo suena a muerto
y todo suena a hueco
y todo suena a pozo
y todo suena a ojo desquiciado
a torre para golpear sin fuerza
torre de ceniza
torre blanca o hueco inmenso de ceniza
vos lo mordés
lo devorás
con esa desagradable expresión de muerto amarillento
pero vivo
sumergido en el pozo o en el hueco
donde suenan los martillos nocturnos
la desesperación nocturna
o una torre de perfiles sangrientos
los rezos la homilía
una torre de rezos para golpear la bóveda
una torre de homilías nocturnas
para golpear la bóveda
el sistemático fragilizado perfil de la moneda

mierda pero no podés decir mierda
sólo podés revolcarte como gusano
sin posibilidad de mariposa

dios se ha comido el yeso
y está detrás del mostrador
hinchándose

la campana se muere
y todo suena a muerto
a pozo
a largo pozo
a largo inmenso pozo
o torre de ceniza
y vos estás muerto
y si no
sonás a muerto como un ojo vacío
como un hueco vacío o un ojo
un pozo una torre
para que la rellenes con tu vacío hueco

mirate mirate hacé un esfuerzo
mirate estás muerto mirate

hay una sombra seca sobre el hueco y el ojo
mírate vos también estás muerto

resuena el pozo con su preñez de hueco
de vacío absoluto
o tu presencia en muerto amarillento

rondan los pozos el perfil de la cara
y el material reverso en la moneda
busca un ojo un hueco
o una torre acumulada de perfiles sangrientos
o un pozo
un gusto a pozo hueco para golpear sin fuerza
un gusto a yeso sumergido en el pozo
y un ojo o una torre

dios también está muerto
y un inmundo sabor de cuerpo agrio
se levanta del pozo

mirate hacé un esfuerzo mirate
el aire te rodea
como una isla de yeso sola rodeada de ceniza
no blanca
no gris
ceniza amarillenta
seca ceniza amarga
para golpear la bóveda
o el ojo
el sistemático fragilizado perfil de la moneda

vos también estás muerto
o sonás como muerto amarillento
sumergido en el pozo con sonido de péndulo
o con hiriente sonido de martillo

golpeá golpeá con tu fuerza de pozo amarillento
o de martillo amarillento
detrás de la pared
con la puerta cerrada como un ojo cerrado
o un hueco
o una torre

dios finalmente ha muerto en la cocina
con el yeso en la boca
y un ojo
solamente un ojo de ceniza le crece
como un pozo vacío o un hueco o una torre
dios también está muerto
y vos olés a muerto
y a negro hierro vertical
oscuro sobre la torre muerta o el ojo
sobre el sistemático martirizado perfil de la moneda

no podés decir mierda
definitivamente no podés decir mierda
el círculo de la moneda se degrada
y se quema
como tu estatua muerta
o una torre de irremediable hueco descubierto
paralelo de puertas
dios te llama desde su yeso blanco
con la boca espantada
desde su hinchado yeso blanco
con la boca espantada
una torre de martillos
para golpear la bóveda
o el ojo
un inmenso hueco de ojo sobre la boca seca
dios no ha escuchado nada
el cuarto día llega
con el yeso en el yeso
y en ceniza de dios que se ha comido el yeso
el hueco te circunda
y has empezado a vender las baratijas

en el fondo del ojo
en el fondo del hueco
en el final del hueco de la torre o el pozo
hay una torre de cenizas y nombres
y vos sonás a muerto
a martillo de muerto
amarillento sobre la muda bóveda de la torre o el ojo
sobre el encarcelado perfil de la moneda



Epílogo

un ojo
un pozo
un hueco
o una torre para guardar los muertos de la noche
los muertos
los buscados

un ojo de dios
ojo de yeso
como la boca la mesa la ignominia

dios está muerto en el rincón de la cocina
y vos no podés decir mierda
no podés decir ahí o ahora
dios no puede pero ha resucitado
y se acomoda reluciente
para reinventar el perfumado perfil de la moneda

un ojo
un pozo
un hueco o una torre de muertos

los buscados

pero el ojo está muerto
y vos también estás muerto

un ojo
un pozo
un hueco

una torre o un hueco

una torre de ojos miran
todos
el hueco de la historia

unos y otros pasan
pasamos
han pasado

la historia

una torre de historias
o un ojo para mirar el hueco
una torre de ojos o de tierra
para mirar el hueco
los incontables huecos

dios no sabe
resucita
sonríe
se acomoda

en la torre
en el hueco
en el ojo los ojos
los desgajados para siempre

dios no ve

desde el yeso sonrío y se acomoda

mañana.
tal vez mañana
pero no

los desgajados para siempre

vos
oculto
no podés decir mierda
vos sos el vivo muerto

no podés decir ahí o ahora

el otro tal vez
con su torre de huecos

yo o el otro
vos estás muerto
vivo muerto

no desaparecido



final

en el perfil de la moneda
algunos
yo o el otro
algunos con su torre de huecos
buscan perfiles
sombras o perfiles
y el corazón buscado
el corazón
no muerto
solamente buscado
ausente
espera un lugar
en el martirizado por siempre perfil de la moneda



ÍNDICE

Preludio	7
En el camino	19
En el mar	23
En el huerto	35
En la noche	47
El hombre solo	55



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
VICERRECTORÍA DE ACCIÓN SOCIAL

